

Con un tacto maravilloso y una justa estimación de lo que presentía ser mi delicadeza, la señora de M..., figurándose bien la decepción que surgía en mi sucesivo pesar de ver siempre —a los enamorados, ¿no les parece que “todavía” es siempre, en fin de cuentas y más o menos?— discurrió: “¿He de emplear esa palabra para especificar bien una cosa tan sutilmente amable?” Un expediente quizá sin igual y probablemente sin precedente en su clase se entiende. ¡Fingió estar menos convaleciente y acertó a persuadir a su marido para que siguiera en sus funciones de enfermero intermitente,

C O N F E S I O N E S

al mismo tiempo que a convencerlo —con mucho fundamento, lo juro— de mi perfecto respeto por la joven que dentro de poco había de ser mi apasionadamente bien amada esposa! Y era principal y “como” preferentemente durante mis visitas, cuando resultaba muy verosímil que necesitase más de la presencia de su marido...

De suerte que mis entrevistas con Matilde —yo le daba ya este nombre “carlovingio”— y desde que, temblando un poco y vacilando casi, habíale hecho leer, dejándoselo en las manos y retirándome en seguida, un madrigal cuyo *in cauda venenum* era

¡Cuánto os quiero! ¡Cuánto te amo!

tuteábala ya siempre que la suerte nos deparaba estar solos, y ella había concluido por tutearme también, así, que, como iba diciendo, nuestras entrevistas se celebraban con muy raras excepciones, en un saloncito de la planta baja, muy recogidito e íntimo, muy lleno de muebles, denso y en cierto sentido demasiado rococó, con una linda araña colgando de un cielo raso de indiana en forma de estrella; pero salvado del horror de parecer siquiera un *boudoir* por el referido cielo raso muy alto, y por una anchísima ventana que le restituía un carácter honrado y

familiar que era lo oportuno allí.

De suerte también que esas entrevistas, que tratándose de otros hubieran podido degenerar y corromperse resultaban con nosotros inocentísimas, sin dejar de ser cada vez más apasionadas, o, mejor dicho apasionantes. Nuestros paliques reducíanse a hablar de proyectos de mueblaje, de casa, de hogar. ¿Qué piso prefería ella: uno bajito con pocas escaleras que subir, o alto y con mucha luz? Diantre, no había duda, lo que más ansiaba era luz. ¡Horror los entresuelos negros y hasta los lóbregos pisos primeros!... Y, además, puesto que la casadita "económica" y "previsora" hacía de cuando en cuando su aparición tan simpáticamente prosaica, sería, será más barato y en los tiempos que corremos como no se les busque bien no se encuentra, un montón de etcéteras divertidos a cual más. Lo que más nos interesaba era la cuestión del mueblaje. Una vez tocamos el punto de las camas. Ella quería dos: una de palisandro, para mí, severa, muy sencilla, de buen gusto, etc., y otra para ella, con colchones de tela persa, rosa o azul. Las dos de ambiente. La mía en un gabinete de trabajo con grabados siglo XVIII y bronce japoneses; la suya entre un hermoso revoltillo de consolas de palo rosa, boules del tiempo del Imperio, espejos psiques, ¡qué sé yo! Lo único que yo tenía en la memoria de

todo aquel exquisito parloteo, era que, según ella, en nuestra casa había de haber dos camas, y a punto estaba yo de protestar contra esa herejía —yo he sido siempre enemigo de las estancias nupciales concebidas según se las sueña en las fantasmagorías tunantuelas a lo Crebillón hijo, no menos que de las fúnebremente formalistas de la antigua corte española— si no me hubiera venido a la memoria la santa ignorancia de mi tan puerilmente bien, ceceante interlocutora.

Todo salvo lo “mejor”, que en el caso presente hubiera sido lo peor, iba a las mil maravillas; entregándose ella con todo su pobre corazoncito virginal y aportando yo lo que podía de discreción afectuosa, y de en cierto modo amorosa veneración. Digo cuanto podía, porque sucedíame a veces, sobre todo al final, sentirme como incapaz ya de conducirme correcta y... conscientemente. En tales casos me iba de pronto con un pretexto bueno o malo, con una rapidez que causaba entonces asombro, pero que luego me agradecían. Cierta día que así me había ocurrido, en vez del beso en la frente, acostumbrado desde hacía algunas noches, fueron mis labios, ¡oh, sin la menor premeditación!, a besar sus labios, que, en su candor supremo, me devolvieron alegremente mi beso como furtivo.

Una vez, creo que a las dos noches de aque-

llo, ella me estuvo hablando de canastillas, pañales, cunas y nombres de pila, según el sexo... Yo estaba encantado, aunque algo maravillado también. ¡Por dónde iría a salir! Y unos *¡hum!*, *¡hum!*, mentales empezaban a apuntar en mí malignamente, cuando ella me dijo, en forma de conclusión formal: "¡Porque nosotros tendremos un hijo!" A lo cual respondí yo con toda ingenuidad, ya casi conyugal: "¡Ya lo creo, y aun varios!" Ella entonces, repitiendo, sin saberlo, seguramente, el chistoso verso del célebre apóstrofe del regocijante Pirón: "No vale eso de ya lo creo", dijo imperturbable: "Nosotros, seguramente, tendremos uno". Y como yo me quedase atónito ante aquella abracadabrantesquería, concluyó por decir: "Le pregunté ayer a mamá que cómo se tenían los niños, y ella, me respondió que besando a un hombre en la boca. Así que ya ves que..."

Y yo, desde entonces, ante aquella inocencia que me constaba era indiscutible, y cuya frescura se me ha quedado para siempre en el alma como la de un buen fruto "al viento" que se guarda largo rato en la boca, tomé la pelota al vuelo y exclamé: "¡Es verdad! Tu madre tiene razón". ¡Qué infinitamente dulce... y qué cruelmente incompleto me resultaba ese tuteo! "Razón sobrada para que nos queramos más todavía, si es posible". Y en lo sucesivo, conven-

cidos *ambos* de que no había *ya peligro*, y que el sabroso mal estaba hecho y no podía repetirse, nos abrazamos a más no poder y nos besamos a plenos labios. Después de lo cual, José de mí mismo, Hipólito por mi propia iniciativa, y, para decirlo todo, demasiado tentado aquella vez, eché a huir como un asesino que suelta su puñal, como un ladrón asustado de su robo y que se va con las manos vacías; ¡pero con mi corazón satisfecho, al fin y al cabo!

¡Transcurría el tiempo y podíamos presumir que el *día* que no acababa de llegar llegaría a la postre en agosto!

Sin embargo, fuera comenzaban a correr enojosos rumores. La paz de Europa parecía comprometida. Necedades imperiales y regias picardías iban a ser separadas, como de costumbre, según parecía, por la sangre. Llamaban a las quintas y reservas, y la Guardia Móvil, apenas reunida, medio vestida y sin armarse, hacía en el campamento de Chalons el ejercicio con palos. Ahora bien: yo formaba parte..., en el papel, de la última reserva que había de incorporarse a esa nueva milicia. Aun no habían tocado a la referida reserva, pero ya iban a ocuparse del asunto en el Cuerpo Legislativo.

¡Peste del Cuerpo Legislativo, y de la Guardia Móvil, y de la guerra, y del Rey de Prusia, y del Emperador, y del Príncipe de Hohenzo-

PAUL VERLAINE

ltern, que se me venían encima todos a un tiempo y parecían amenazarme esta vez de un modo legal, estricto, mucho más tremendo, si cabe, que todo lo demás, ya olvidado, con dificultar mi ventura tan próxima!

Y mi amor exasperábase más; ¿qué iría yo a hacer de malo y de vil? Suerte que sobrevino una distracción en forma de un viajecito de recreo.